
CONFERENCIAS DEL GUÍA

251

La evolución y el
significado espiritual del
matrimonio – el matrimonio
en la nueva era



PATHWORK
DE MÉXICO

La evolución y el significado espiritual del matrimonio – el matrimonio en la nueva era



BENDITAS SEAN TODAS SUS VIDAS, todos sus pensamientos y sus esfuerzos, mis muy amados amigos. Sin su profundo compromiso de estar a la altura de su potencial como personas de Dios, nosotros jamás podríamos cumplir con nuestras propias tareas. Dependemos de su verdad y su amor, como ustedes dependen de los nuestros. Dependemos de su entrega al Creador, como ustedes dependen de nuestra entrega a Él. Permitan que este hermoso trabajo mutuo sea siempre bendecido en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Su nombre jamás provocaría tanta ambivalencia y negatividad si la verdad divina no se hubiera distorsionado en todas las áreas, incluso la relacionada con su vida en la Tierra y el Cielo. Todos los grandes influjos divinos se prestan más a la distorsión que las formas más leves de manifestación creativa. Con el conocimiento que han adquirido pueden observar fácilmente esto en su vida. Las grandes fuerzas espirituales contenidas en el amor dinámico son más temidas, resistidas y difamadas que las corrientes tibias. Ésta es la razón más profunda por la que existían tabúes tan estrictos con respecto al amor sexual; por la que la liberación de las fuerzas espirituales parece ser la experiencia más amenazante y peligrosa de todas. Estos poderes no son en modo alguno meramente etéreos;

abarcen toda la personalidad y ciertamente incluyen al cuerpo. Por esta razón, la fuerza crística, la conciencia crística y la realidad crística han padecido tanto la incomprensión y el conflicto.

Las fuerzas espirituales son tan fuertes que la personalidad no purificada no las soporta. En el grado en que la negatividad y la distorsión existen en la mente y la conciencia de un individuo, estas poderosas corrientes se manifiestan como crisis, dolor y peligro. Sin embargo, ser parte de estas fuerzas y ser receptivos a ellas es el profundo anhelo de todas las almas, consciente o inconscientemente.

El desarrollo de la institución del matrimonio es importante desde este punto de vista. Ahora necesitan una percepción más profunda para que puedan ampliar y profundizar su propia comprensión del matrimonio y usar este conocimiento para articular su anhelo. Éste es siempre el primer paso para volver realidad lo que anhelan.

Durante los muchos siglos de su existencia, la humanidad se ha desarrollado en muchas áreas. Consideremos el matrimonio. Comprender su evolución hasta ahora les abrirá los ojos al futuro. Mirarán la actitud actual hacia esta institución con el cuadro más grande en mente. La historia puede entenderse bien sólo cuando se descubre el significado espiritual que subyace a los eventos terrenales.

En el pasado no muy distante, el matrimonio tenía varias funciones, pero las menos importantes eran el deseo de compartir, el amor o la mutualidad en todos los niveles de la personalidad. De hecho, el amor, la entrega sexual mutua y el profundo intercambio de los niveles de energía dinámica se rechazaban y condenaban. El matrimonio era un contrato económico y social para satisfacer otras funciones de la personalidad y motivos básicos. Las ventajas económicas y sociales eran de primordial importancia. Aún más importante era la absoluta convicción de que estos motivos eran moralmente correctos y virtuosos. Los hombres se casaban con mujeres que

les aportaban una buena dote y elevaban su imagen social. En otras palabras, la codicia y el orgullo se realizaban y se dotaban de virtud.

Los hombres se consideraban superiores a las mujeres. Casarse con una mujer no significaba más que la adquisición de una esclava que obedecía al amo de la casa; que se cercioraba de que gozara de todas las comodidades pero que no pedía nada para ella. A cambio de estos servicios, que incluía ser un objeto para la lujuria impersonal del hombre, la mujer recibía seguridad material. Su única responsabilidad era ser un objeto adecuado para su dueño. Desde luego que ustedes entienden, amigos míos, que la responsabilidad del hombre conllevaba mucho más que la mera responsabilidad económica. Como no se consideraba a la mujer un igual por derecho propio, moralmente era apenas responsable. En aquellos siglos, la responsabilidad emocional y mental no existía como concepto, pero desde luego existía como hecho. Aun sin la conciencia del concepto, los varones reconocían esta responsabilidad hacia otros varones, pero la descuidaban totalmente en su trato con las mujeres.

Obviamente, esto era no sólo el resultado de la distorsión y la negatividad del hombre; también era el resultado de una intencionalidad fuertemente arraigada en la psique de la mujer. Ésta rechazó la autorresponsabilidad en todos los niveles durante un tiempo muy largo, y por lo tanto cocreó la desigual relación entre los sexos.

Ambos sexos temían igualmente —y aún temen— las poderosas energías espirituales que implican las fuerzas del amor, de eros y de la sexualidad entre el hombre y la mujer. Este poder es la corriente creativa de la que está hecho todo. Esta poderosa corriente puede expresarse de muchas maneras, no sólo como una fuerza vinculante entre un hombre y una mujer. Puede expresarse por medio de disciplinas espirituales dentro de un individuo, fusionando los principios masculino y femenino y las corrientes de poder dentro de un alma individual.

El alma no purificada no puede soportar esta corriente de poder. En el grado en que la sustancia del alma no purificada se encona en la personalidad, la corriente de poder tiene que negarse, suprimirse y escindirse. La sexualidad que se manifiesta sin amor, compromiso y respeto es una corriente de poder escindida y negada. Los seres humanos que creen que el sexo pornográfico o promiscuo es más placentero que la sexualidad que emana de una integridad unificada y se combina con el amor y la unión espiritual, no pueden estar más equivocados. Lo cierto es todo lo contrario. Pero el poder de esta sexualidad es tan fuerte que no puede soportarlo el alma que todavía vive parcialmente en la oscuridad.

Otro error humano es la creencia de que una pareja casada que se profesa fidelidad mutua está necesariamente más allá de la etapa de la sexualidad escindida. El matrimonio típico de tiempos anteriores, que describí antes, era una completa supresión, represión y negación de las corrientes de poder espirituales. En el varón, esta negación solía manifestarse como una incapacidad de experimentar sentimientos sexuales fuertes por la mujer a la que amaba, honraba y respetaba. A veces, el miedo inconsciente a la corriente de poder es tan fuerte que la escisión es total, y el hombre se descubre incapaz de experimentar la sexualidad con la mujer amada. No obstante, en muchos casos la escisión existe con una y la misma mujer. Un varón puede amar y honrar relativamente a la mujer con la que se ha casado, a pesar de considerarla inferior, pero borrar su realidad durante el acto de unión sexual. Este acto puede llevarse a cabo sólo cuando la mujer se convierte en un objeto de poco valor en la opinión del hombre. El sexo pornográfico puede tener lugar dentro del marco del matrimonio respetable y es totalmente aceptado por la sociedad.

Para la mujer, la negación de la corriente de poder unificada solía manifestarse en la negación total de la realidad sexual de su cuerpo. Siempre que su sexualidad se manifestaba pese a todos los intentos por negarla, ella la experimentaba con culpa y vergüenza.

Hoy en día, los equívocos acerca de la culpa y la represión sexuales en su mundo son casi tan grandes como siempre. Estas represiones y negaciones, estas culpas y falsas vergüenzas son no sólo el resultado de las costumbres sociales y los prejuicios, sino que son en realidad producto de la incapacidad de sostener la fuerza de la corriente de poder plenamente unificada, cuya fuerza sólo puede ser tolerada por alguien al menos relativamente liberado de la negatividad, el miedo, la duda y la destructividad.

La persona fuertemente sexual que experimenta la sexualidad sin amor, sin una fusión profundamente personal con otra persona específicamente elegida, y que escoge parejas pasajeras sin corazón ni mente y es promiscua, no es distinta del moralista que es fiel a una esposa con la que practica la sexualidad como deber conyugal. Ambas personas tienen miedo de la corriente amor-sexo que se unifica por medio del poder de eros, por medio del poder de la mutualidad en el desarrollo del alma y el compromiso mutuo, a través de la purificación personal.

La relación hombre-mujer del pasado y la actitud hacia el matrimonio son resultados directos de este miedo a la corriente amor-sexo unificada. La autopurificación era prácticamente inexistente para la persona promedio; existía sólo en las iglesias en cierta medida. Pero allí de nuevo, el poder pleno de la corriente disminuyó por el edicto del celibato. Es cierto que algunos individuos especialmente dotados y adelantados evocaron este poder espiritual por medio de sus propios esfuerzos individuales. El éxtasis místico es simplemente la liberación de una corriente de poder espiritual en la que Dios se experimenta como una realidad viva y física. Esto también puede suceder idealmente por medio de la fusión de un hombre y una mujer que estén lo bastante libres de miedo, que sigan juntos un camino de autopurificación. Su unión liberará esta corriente interna de poder para que experimenten a Dios en ellos mismos y en el otro.

Antes de hablar más de esta experiencia, regresemos a las etapas evolutivas de la historia. El cuadro que pinté del matrimonio no

es muy atractivo. El matrimonio tal como ha existido durante tanto tiempo era verdaderamente un estado más pecaminoso que todos los pecados que condenaban los moralistas que perpetuaban estas normas. Estos moralistas dirigían la acusación de pecado hacia el sexo ilícito; hacia el sexo promiscuo o pornográfico que podía identificarse exteriormente. Es cierto que estos actos indican la negación de la unificación del amor y la sexualidad otorgada por Dios, de la más grande corriente de poder, que es en sí una expresión de la presencia divina.

En cierto sentido, este miedo y negación es un síntoma del alma no purificada, el espíritu caído. Pero como todos ustedes también llevan a cabo una tarea en su regreso al estado de unión con Dios, es inútil despotricar contra esto. Quienes lo hacen son en sí mismos espíritus caídos, almas no purificadas y partes de este movimiento evolutivo. La actitud apropiada hacia el miedo a la corriente de poder pleno es la aceptación; se necesita un adiestramiento suave para que la personalidad pueda aclimatarse gradualmente a esta fuerza poderosa y soportarla con comodidad. El éxtasis puede volverse cómodo, y así será, a medida que el alma crezca en estatura. Esto ocurre por medio de un proceso de desarrollo a lo largo de muchas encarnaciones.

La verdadera pecaminosidad de la actitud hacia el matrimonio que prevaleció hasta hace poco era el resultado de la culpa secundaria. En vez de reconocer el miedo a amar a una igual, el hombre tenía que menospreciar a la mujer. En vez de admitir el miedo de reconocer a un igual y experimentar el placer de la sexualidad, la mujer tenía que enajenarse del hombre volviéndolo el enemigo. En vez de reconocer que tenía miedo de una relación de iguales, el hombre tenía que hacer de la mujer un objeto. En lugar de admitir el miedo a la autorresponsabilidad en todos los niveles, la mujer se convirtió en un objeto y luego culpó al hombre por esta creación mutua. Ambos sexos negaron el miedo, que en un sentido más profundo podría llamarse la culpa primaria, una culpa que todas las personas comparten.

La negación del miedo causó culpas secundarias. Algunas de éstas dieron energía a la energía del ser inferior. Se fomentó la codicia material; el dinero, el poder y la ventaja social pasaron a ser motivos para escoger pareja. Se nutrieron las imágenes de masa, las apariencias, las autoimágenes idealizadas; el orgullo y la vanidad pasaron a ser valores morales falsos. Si consideran la indignación moral, el farisaísmo de hombres y mujeres hacia aquellos que se desviaban de las normas aceptadas, pueden ver la fuerza de la culpa secundaria. El ser de la máscara reclamaba la codicia, el egoísmo calculador, los valores de la apariencia y la explotación mutua como las normas morales más elevadas. Estas pretensiones van mucho más allá de la hipocresía común y corriente. Una hipocresía tan profundamente arraigada y tan perniciosa requería un desarraigo fuerte; de lo contrario el alma no podría sanar. Es importante, amigos míos, que vean la naturaleza de la actitud hacia el matrimonio a lo largo de muchos siglos. Las personas que se casaban por amor eran las grandes excepciones.

El estado de conciencia colectivo creó estas condiciones en la mayoría de los matrimonios del pasado. Ese mismo estado de conciencia también creó condiciones kármicas y los requisitos de una guía específica para reencarnaciones subsecuentes. Por ejemplo, el antagonismo que existía generalmente entre los varones y las mujeres tuvo que manifestarse específicamente entre hombres y mujeres individuales en un grado mucho mayor que ahora. Muchas veces se predestinó que dos de estos individuos tenían que conocerse como posibles parejas matrimoniales. Sus mayores concertaban estos encuentros. Este tipo de unión proporcionaba el ámbito para sacar en cada persona sentimientos y actitudes negativos generales y específicos que, una vez conscientes, se volvían la base de la transformación. Así pues, amigos míos, los matrimonios “perfectos” no eran de ninguna manera uniones siempre positivas de amor y afecto, atracción y respeto. La mutualidad negativa entre muchos hombres y mujeres creaba la conciencia colectiva, las condiciones kármicas y también las normas de la sociedad.

En tiempos muy recientes la conciencia ha dado un gran salto. La humanidad ya está verdaderamente lista para descartar estas viejas actitudes y crear condiciones, normas y valores morales nuevos. Pueden ver claramente esto por muchos cambios drásticos. El movimiento de liberación de las mujeres, el movimiento de liberación sexual y una actitud muy distinta hacia al matrimonio son señales de una conciencia que recién está surgiendo. Estas manifestaciones deben verse a la luz de una dirección evolutiva general. De lo contrario, no pueden comprender el significado interno de estos cambios.

En todos los movimientos evolutivos el péndulo tiende a oscilar de un extremo al otro. Esto es a veces inevitable, a veces incluso deseable, siempre que las oscilaciones sean limitadas. Pero cuando éstas son mayores de lo necesario o deseable, surgen el fanatismo y la ceguera exactamente como lo hicieron en el extremo opuesto.

Por ejemplo, la libertad sexual de hoy es una reacción a los grilletes de tiempos anteriores. Hasta cierto grado esta fase es necesaria hasta que la sabiduría de la nueva conciencia se complete, y el compromiso con una sola pareja se experimente como un estado más libre, más liberado e infinitamente más deseable que el libre intercambio de parejas. El ciclo tenía que pasar del compromiso monógamo involuntario —con limitaciones concomitantes al crecimiento personal para hombres y mujeres— al reconocimiento de los efectos debilitantes de esta actitud y el consiguiente libertinaje y poligamia. De ahí, el movimiento puede proceder a un nuevo anclaje en una libertad e independencia interiores que voluntariamente elige el compromiso monógamo porque produce una realización infinitamente mayor.

Un aspecto particularmente pernicioso de la vieja actitud frente al matrimonio era que la necesidad sexual, así como la necesidad de compañía, estaban contaminadas con fines oportunistas, materialistas y explotadores. Peor aún, esta contaminación y desplazamiento se consideraban moralmente deseables. Siempre que una corriente del alma se pone

secretamente al servicio de otra, ambas se vuelven negativas. Si al amor, al eros y a la sexualidad se les dieran su legítimo lugar, entonces las necesidades reales de éxito, respeto de la comunidad y abundancia material podrían funcionar de la manera propia del ser superior. La humanidad tenía que romper con las distorsiones y se volvió inevitable cierta dosis de convulsión. La revolución sexual tuvo que manifestarse a veces de maneras indeseables; pero indeseables sólo cuando se les ve fuera de contexto.

Desde luego, las verdaderas lecciones deben aprenderse individualmente. De eso hablo aquí. Las viejas maneras necesitan desesperadamente un cambio profundo. Tiene que surgir una expresión sexual nueva y una aceptación gozosa del impulso sexual. Al mismo tiempo, hombres y mujeres en lo individual necesitan entender la enorme importancia de integrar el amor, el eros y el sexo, el afecto y el respeto, la ternura y la pasión, la confianza y el compañerismo, el compartir y el ayudarse mutuamente. Debe entenderse que la relación comprometida no es un edicto moral que los prive de placer. Todo lo contrario. La corriente de poder que evoca la fusión entre amor, respeto, pasión y sexualidad es infinitamente más extática de lo que jamás puede ser el poder de cualquier fusión ocasional. De hecho, es tan poderosa que las mismas autoridades contra las cuales ha habido tanta rebelión han temido esta corriente combinada más que nadie. Estas autoridades no están tan lejos de aquellos que se permiten experimentar la sexualidad sin tomar en cuenta el corazón, alejados de la verdadera intimidad y el deseo de compartir.

Es importante que conozcan el estado al que pueden llegar, y finalmente llegarán, porque es su destino innato. Es la carta sin la cual no pueden conducir su barco. Sin embargo, hay una sutil pero clara diferencia entre usar este modelo y los intentos forzantes de ser lo que todavía no son orgánicamente. Si reconocen el modelo sin forzarse, aceptan su condición humana. Ya saben que en virtud de su humanidad no pueden ser inmediatamente un individuo ideal. Saben que se necesita mucho

tiempo, mucha experiencia, muchas lecciones, muchos ensayos y errores, infinidad de encarnaciones hasta que su alma surja como un ser completo. Necesitan saber que ese estado existe, aun si todavía son incapaces de experimentarlo. Necesitan saberlo sin presionarse, sin moralizarse, sin desalentarse. Todas estas actitudes forzantes son destructivas y erróneas.

Desafortunadamente, casi todas las religiones organizadas han tratado de imponer una norma ideal que no es posible que los individuos adopten en este tiempo. Por eso, la religión organizada ha perdido prestigio hoy en día. El estado de integridad no debe forzarse en la conciencia. Jamás debe ser un látigo. Sólo debe ser un recordatorio de quiénes son ustedes ya en esencia y quiénes serán algún día.

Así como es insensato volverse ateo por los errores de la religión, también es insensato descartar completamente el matrimonio debido a sus distorsiones anteriores. Antes de que el matrimonio empezara a ser cuestionado como institución válida por muchos, la actitud hacia él ya había empezado a cambiar considerablemente, en especial en las últimas décadas. Los individuos empezaron a elegir parejas libremente, motivados en general por el amor. Sin embargo, esto llevó muchas veces a equivocaciones. Con demasiada frecuencia, los individuos que eran demasiado jóvenes e inmaduros para formar una unión verdaderamente significativa elegían el matrimonio por una atracción superficial, sin un conocimiento profundo ni del ser ni de la pareja. No es sorprendente que esos matrimonios no sobrevivieran. Pero este paso era necesario antes de que se alcanzara la madurez.

Así como los individuos no pueden aprender a menos que cometan errores, tampoco puede hacerlo la conciencia colectiva. Mujeres y hombres tienen que poner a prueba maneras nuevas antes de que el alma alcance la sabiduría y la verdad. La libertad para elegir independientemente, para experimentar el placer sexual y erótico, para cometer errores y aprender de ellos, para formar relaciones diferentes y más maduras sin condenar las

menos maduras, todo esto es necesario para aprender la importancia real del matrimonio. Éste tiene que verse no como un grillete impuesto por una autoridad moralizante externa o interna, sino como un regalo libremente elegido, el más importante y deseable estado imaginable, el placer y la realización más gratas para las que el alma y la personalidad tienen que volverse fuertes, resilientes, maduras y capaces. La dicha, el éxtasis, el placer supremo no pueden existir gratuitamente y jamás pueden ser arrebatados. No pueden conseguirse así. Pueden conseguirse sólo cuando la personalidad ha alcanzado suficiente purificación, seguridad, fe, autoconocimiento, comprensión del universo, la “*crísticidad*”.

La liberación sexual tiene que pasar por algunas etapas que pueden parecer exageradas, o que podrían incluso exagerarse, antes de que una mayor liberación sexual —la unificación del amor, el eros y el sexo— pueda crear el matrimonio de la Nueva Era. Los encuentros sexuales pasajeros no deberían considerarse como el estado final de la liberación. Son, en el mejor de los casos, una fase muy temporal y limitada. Nadie que ha experimentado alguna vez esta etapa se ha sentido verdaderamente satisfecho, ni siquiera en el nivel físico. Pueden ustedes engañarse pensando que esto es lo mejor que pueden experimentar, pero no es así. Pueden negar la frustración profunda de su anhelo porque parte de él se ha mitigado. Pero tienen que ir mucho más allá para darse lo que realmente necesitan, quieren, desean y deben tener.

Así como sucedió con la revolución sexual, la liberación de la mujer también tuvo que experimentar un extremo, al menos temporalmente. Algunas mujeres tuvieron que volverse tan duras, tan inflexibles como su mayor enemigo, el hombre, a fin de sentir su fuerza, su capacidad de ser independientes, autorresponsables, creativas e ingeniosas. Mientras ésta sea una fase pasajera de la que surgirán más cambios, está bien. Pero cuando esto se ve como el ideal final, se vuelve tan dañino como la niña-mujer reprimida y dependiente que ya no quieren ni necesitan ser. La mujer de la Nueva Era combina la

independencia, la autorresponsabilidad, la adultez hecha y derecha con la suavidad y la flexibilidad que antes se asociaban exclusivamente con el parásito dependiente. El hombre de la Nueva Era combina sus sentimientos tiernos, su suavidad, su delicadeza con su fuerza y sus capacidades, no como la mujer, sino de una manera complementaria. Ambos forman el matrimonio de la Nueva Era.

El matrimonio de la Nueva Era no se formará temprano en la vida. Si los participantes son jóvenes habrán alcanzado una madurez considerable como resultado de un trabajo genuino e intenso como este *Pathwork*. El matrimonio de la Nueva Era es un núcleo de fuerza en el que las parejas se fortalecen mutuamente y fortalecen a otros en una tarea común al servicio de la causa mayor. El matrimonio de la Nueva Era es totalmente abierto y transparente. No se guarda ningún secreto. El proceso espiritual del *Pathwork* se comparte totalmente. Tienen que aprender esta apertura y transparencia. Es un camino dentro del camino, por decirlo así. Necesitar exponer su dificultad para lograr esta apertura, en vez de negarla u ocultarla. Si no exponen su dificultad para ser abiertos, su insatisfacción no podrá aliviarse sin importar cuánto traten de culpar a su pareja o a las circunstancias exteriores. Parte de esta apertura consiste en revelar su miedo a la fuerte corriente espiritual, a las fuerzas liberadas por la unificación de la sexualidad y el corazón. Cuando el miedo se comparte —aunque todavía no se le pueda erradicar— las obstrucciones se eliminan con relativa rapidez, y de este compartir surge una especie de realización vibrante.

En el matrimonio de la Nueva Era, estar en un camino de profundo autodesarrollo y traer a la luz las partes ocultas del ser son los requisitos de la realización en una relación viva y vibrante. Cuando la vitalidad se esfuma, ambas partes necesitan explorar juntas las causas. Puede haber cualquier cantidad de razones del estancamiento, ninguna de ellas necesariamente mala o vergonzosa.

Cuando todos los niveles de las dos personalidades están abiertos al otro, se unen y finalmente se funden, la intensidad

y la vitalidad del encuentro sexual rebasará todo lo que hoy puedan imaginarse. Esto es lo que ustedes anhelan profundamente porque esta realización es su derecho natural y su destino. Puede existir sólo en una relación como la que he descrito: el matrimonio de la Nueva Era. Este tipo de fusión no se da fácilmente. Es el resultado de una paciencia infinita, del crecimiento, el cambio y la transformación. Pero debe vivir en su visión como una posibilidad que efectivamente podrá producirse algún día.

La fusión en todos los niveles de la personalidad significa la fusión de todos los cuerpos energéticos. Esto ocurre muy raramente. Llegarán a saber cuando exista la fusión sólo en el nivel físico, y cuando ocurra en los niveles emocional, mental y espiritual. Todos estos cuerpos energéticos existen en la realidad y pueden fundirse o no de acuerdo con las condiciones existentes. Cuando la fusión tiene lugar en todos estos niveles, no sólo se convierten en uno con su pareja, sino con Dios. Encuentran a Dios en su pareja, y a Dios en ustedes mismos. No sorprende que la corriente energética sea demasiado fuerte para soportarla a menos que sus personalidades hayan alcanzado un grado alto de desarrollo interno y purificación.

Una vez que se den cuenta de que la fusión sexual es insuficiente y poco interesante a menos que incluya a todos los cuerpos energéticos en el proceso de la unión, su enfoque del encuentro sexual será muy diferente. La sexualidad nunca será casual; la verán como un ritual sagrado. Estos rituales serán creados por las parejas en lo individual y podrán cambiar con el tiempo. Jamás se convertirán en rutinas fijas. El encuentro sexual es una verdadera fusión de los principios masculino y femenino como fuerzas universales. Cada fusión sexual será un acto creativo que producirá nuevas formas espirituales, nuevas alturas de desarrollo en los dos seres, que podrán pasarse a otros. La fusión complementaria de estos dos aspectos divinos —las fuerzas femenina y masculina— creará no sólo una realización, un éxtasis y una dicha totales, sino valores nuevos perdurables

y una experiencia verdadera de la realidad divina, del Cristo en el ser y en el otro.

Mis queridos amigos, esta conferencia no debe desalentarlos de ninguna manera, no importa lo lejos que parezcan estar del destino que esbozo aquí. Están avanzando en esta dirección por el solo hecho de entender esta conferencia, de decidir usarla de la manera más positiva sin importar dónde están hoy. Conocer esta verdad los hará libres como cualquier otra verdad, aun si no pueden alcanzar su realización en esta vida. Regocíjense de que exista, de que los espera. Conozcan esta verdad como un enriquecimiento que se les da.

Existe una enorme tensión entre las corrientes de energía masculina y femenina. Esta tensión puede manifestarse de una manera positiva o negativa. Si se manifiesta negativamente, la sexualidad está plagada de negaciones como la homosexualidad, la represión, la asexualidad, la impotencia, la frigidez, o de expresiones negativas como el sadismo, el masoquismo y el fetichismo. Hasta cierto grado, puede ser necesario dar expresión a la sexualidad negativamente conectada, pues si se le niega completamente, la personalidad total se frustra y la tensión se acumula tan poderosamente que se exterioriza la violencia no sexual. Si estas expresiones ocurren en la fantasía o en situaciones de consentimiento mutuo en las que no se daña ni se fuerza a nadie, pueden conducir a una sexualidad más cohesiva y conectada, sobre todo cuando este proceso no se glorifica, sino que se le entiende bien.

Cuando la tensión se manifiesta positivamente, es verdaderamente un punto nuclear psíquico. La energía liberada, la creatividad liberada, la mutualidad del éxtasis son, todas ellas, experiencias profundamente espirituales que ocurren en, a través de y con Dios. La sexualidad divina debe reconocerse en la Nueva Era. No ha de encontrarse en los viejos tabúes y negaciones, ni en juicios moralizantes sobre esta fuerza creativa, ni en desviaciones que ocurren como resultado de un desarrollo incompleto. La fuerza explosiva de la tensión hombre-mujer y su liberación permea la personalidad total

y trasciende lo finito. Verdaderamente espiritualiza al cuerpo y materializa al espíritu, que es la tarea de la evolución.

Con esto los bendigo, amados míos. El Cristo dentro de lo más profundo de su alma se funde con la conciencia crística y las energías que los rodean y los llenan con Su amor, Su fuerza y Sus bendiciones.



CONFERENCIA ORIGINAL:
Dictada el 17 de mayo de 1978

EDICIÓN EN INGLÉS:
The Evolution And Spiritual Meaning Of Marriage
1996

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL:
Margarita Montero Zubillaga.
2 de junio de 2024

RECONOCIMIENTO:
El proyecto de las CONFERENCIAS DEL GUÍA en nuevo formato PDF, E-PUB y KINDLE fue posible gracias a la aportación de Ana Consuelo de Alba, Rocío Castro y Olga Tanaka. Participó: Vicente Encarnación y formó Ana Guerrero. Junio 2025.



© PDF, E-PUB y KINDLE son marcas registradas.